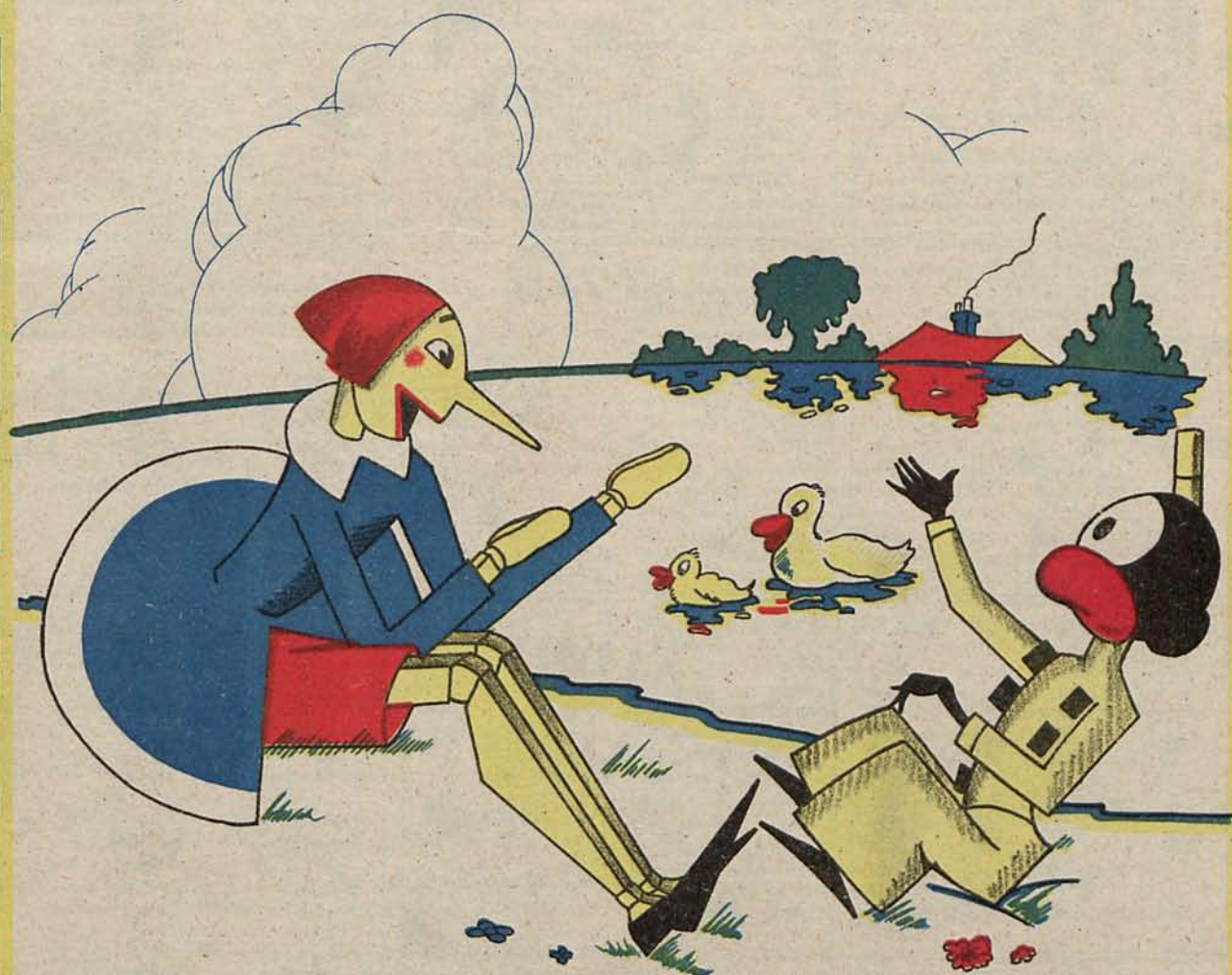


PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 184

25 cts

26 AGOSTO
1928



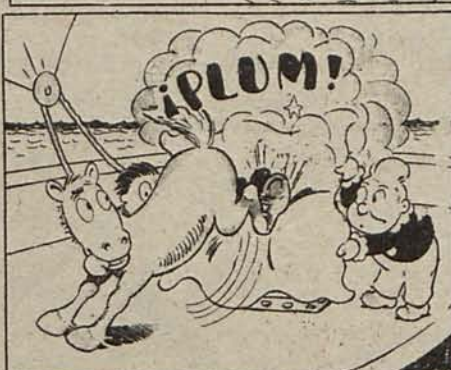
- A MÌ ME GUSTARIA SER ESE PATO.
- ¿POR QUÈ CURRINCHE?
- ¡PORQUE YO TENGO QUE IR AHORA A ESTUDIAR Y EN CAMBIO EL PATO, NADA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO. 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

Vera, atónita y pensativa, quedóse algunos instantes inmóvil, como si las extrañas palabras del sabio hubiesen hecho vibrar en su alma algunas cuerdas desconocidas hasta entonces. Marta, entrando de improviso, interrumpió los desvarios imaginativos de Vera.

—¡Venga usted, venga usted! Wassili y su hermano...

Marta no tuvo necesidad de decir una palabra más, pues Vera, adivinando en seguida en los gestos y ademanes de la vieja criada que había pasado o iba a pasar algo grave, se había lanzado apresuradamente fuera de la estancia.

—¿En dónde están?

—En el patio —repuso Marta, con la respiración anhelosa, más bien con el gesto que con las palabras.

Vera bajó la escalera aceleradamente, llegando a tiempo de ver cómo Shasky y Wassili, frente a frente y a pocos pasos de distancia, tenían las pistolas asestadas el uno contra el otro.

—¡Qué hacéis, temerarios! —exclamó Vera, interponiéndose entre los combatientes.

Al ver la inesperada intervención de Vera, los dos hombres bajaron las armas, avergonzados y confusos.

—Su hermano ha ofendido al profesor Guthowsky —dijo Wassili, en tono enérgico—, y yo no debo consentirlo.

Y Shasky, replicó con la misma vehemencia:

—Este joven tiene una presunción inaudita. Yo no le reconozco el derecho de mermar mi libertad de juicio sobre cualquier asunto que sea...

Y los dos hombres se miraron siniestramente.

—Recobren ustedes la razón —exclamó Vera, tendiéndoles las dos manos a sus dos amigos— y, sobre todo, sean ustedes sinceros y díganme la verdad. ¿Lo que me han dicho hace poco, es el verdadero motivo que los ha puesto enfrente el uno del otro con tan fieros propósitos?

Los dos jóvenes bajaron la cabeza.

—Vosotros —añadió Vera— no sólo sois valerosos y fuertes, sino, sobre todo, leales y sinceros, pues ninguno de los dos es capaz de ocultar lo que siente ni de recurrir al disimulo. Yo apelo a la sinceridad de ustedes y vuelvo a preguntarles: «¿Lo que me han dicho, es el verdadero motivo de haber empuñado las armas?»

—No —exclamó Shasky.

—Es cierto —exclamó Wassili—. El motivo es otro.

Vera miró a ambos amigos con dulzura, y, tras una breve pausa, les dijo:

—Pues, entonces, amigos míos, emplead vuestras armas y vuestro arrojo juvenil contra los enemigos de la libertad, ya que sois víctimas de un doble error. Si no me equivoco, yo soy la causa de vuestro rencor, que hubiera podido tener tan funestas consecuencias. Permíteme, Shasky —añadió Vera, con dulzura—, que le revele a Wassili que no eres mi hermano.

»Más tarde sabrá los motivos que nos han obligado a decir esta inocente mentira, como asimismo debe saber que el corazón de Vera no puede latir ya más de amor por ningún hombre de la tierra. Vera ya no es ninguna mujer, sino la sombra de un sér que existió, y no representa ahora más que un sentimiento, un propósito fiero, implacable, que se llama ¡venganza! ¡Una vez cumplido el voto que he hecho, no tendré ya razón alguna para seguir existiendo y desapa-

receré de la tierra! Este cuerpo que veis, no vive más que para el recuerdo de José Duda. ¡Me he consagrado a la santa memoria del mártir y no hay fuerza humana que pueda quebrantar mi propósito!»

Vera pronunció estas palabras con los ojos inundados de lágrimas, vueltos al cielo, añadiendo después, con una voz dulcísima:

—Si es que he inspirado sin querer en vuestra alma un sentimiento apasionado e inmerecido, que no sirva para destruir vuestra amistad, sino que sea un caluroso cimiento de la misma. ¡Amaos entrambos como hermanos y sed, ¡oh nobles corazones!, hermanos por el espíritu!

Después de haber pronunciado estas palabras, Vera se acercó a los dos jóvenes y, cogiéndoles las manos, exclamó, mientras se las unía:

—De esta manera podéis poseer en común el incommensurable afecto y la ardiente devoción a la libertad de la patria. ¡Juradlo!

—¡Lo juramos! —exclamaron simultáneamente los dos jóvenes, arrojándose el uno en brazos del otro, convirtiéndose en un instante de enemigos acérrimos en hermanos afectuosos.

Wassili, abrasada el alma por el amor de Vera y por los frecuentes coloquios que habían sostenido los dos amigos sobre la necesidad de libertar a la patria de los horrores de los ministros de la autocracia, albergaba en su pecho sentimientos nobles y generosos.

Vera, que se proponía sacar partido de ellos en favor de la causa que defendía, le comunicó a Shasky su intención de afiliar a Wassili a la Sociedad de los «Hermanos del Silencio», y le preguntó al joven si no se oponía a ello. El ayudante, que hubiera ido con Vera quien sabe adónde, aceptó la proposición con verdadero entusiasmo.

Una noche, mientras Guthowsky y la vieja Marta dormían, los tres amigos engancharon el *loco*, que había conducido ya a Vera y a Shasky, al ligero *egoísta*, acomodándose en él lo mejor que pudieron. Shasky empuñó las sutiles riendecitas y enfiló como el viento hacia la extraña taberna de Pedro Kutorovic. Los «Hermanos del Silencio», apenas advertidos de que la policía había descubierto su escondrijo de la cripta de *Nuestra Señora*, habían seguido con increíble rapidez el consejo de Shasky, trasladando sus tiendas a una de las habitaciones del fiel tabernero.

Los «Hermanos», advertidos de antemano, esperaban aquella noche, en reunión solemne, la llegada de su jefe, que, tras larga ausencia, volvía a entrar en posesión del puñal, el emblema del mando, confiado durante aquel intervalo al hermano Suwoff, que era su segundo.

Shasky condujo a Wassili a un subterráneo de la taberna, en donde Pedro tenía la provisión de licores que le servían para su comercio clandestino.

—Ten un poco de paciencia —le dijo Shasky a su amigo—. He de vendarte los ojos.

—Estoy a tus órdenes —le dijo su amigo, dejándose vender.

Wassili sintió cómo le cogían un brazo, dándose cuenta de que alguien le hacía dar unos cuantos pasos; luego chocó contra una puerta, le hicieron avanzar y sentarse. Después, creyó que le dejaban solo unos cuantos minutos, sintiendo más tarde que se acercaba alguien, que le quitaba la venda. El desconocido, alto y robusto, iba envuelto en una amplia capa y cubría su rostro con un antifaz. Iluminaba escasamente aquel recinto, sucio y ahumado, la luz azulada de una lámpara de alcohol. Ante Wassili, veíase una mesita con una hoja de papel y un tintero.

El hombre de la negra capa y el antifaz, lanzándole a Wassili una mirada fulminante, le dijo con voz terrible:

—¡Insensato! ¡Quién te ha traído aquí! ¡Te han vendido! ¡Esta noche morirás!

—¡No es cierto! —repuso Wassili, con voz un poco trémula, pero firme—. ¡Quien me ha traído a este lugar no es un traidor!

—¡Eso a ti no te importa! Ha llegado tu última hora. Dicta tu voluntad, que yo haré que se cumpla religiosamente.

Salió el hombre.

Wassili, al quedarse solo, no escribió nada en la hoja de papel.

Poco después, el desconocido del antifaz, volvió a entrar acompañado de otros dos hombres.

—¿Estás dispuesto a morir? —le preguntó el de la capa a Wassili.

—No temo a la muerte.

Entonces, el hombre sacó una pistola del bolsillo y acercó al pecho de Wassili la boca del cañón, mientras escurriaba alternativamente su rostro.

Wassili sintió un leve estremecimiento instintivo, pero disimuló su turbación interna.

—¡Muere! —gritó el hombre de la capa, mientras oprimía con el dedo el gatillo de la pistola.

Se oyó una detonación, y Wassili se tombaleó. Había salido ileso.

—Ya que no has muerto, has de prestar juramento. Piensa y medita. ¡Este juramento será tu sentencia el día que lo infrinjas!

Uno de los recién llegados enseñó a Wassili una cruz de madera, desnuda, sin Cristo.

—¿Prometes por esta cruz misteriosa contribuir con todas tus fuerzas al aniquilamiento de los opresores de Rusia?

—Lo prometo.

—Repite conmigo: ¡Juro y prometo por esta cruz no revelar a pesar de los más atroces tormentos y en la inminencia de la muerte el secreto que me será confiado! ¡Si llegase alguna vez a ser perjuro, que descuarticen mi cuerpo y que disperse el viento sus cenizas!

Apenas acababa de pronunciar Wassili este juramento con voz firme y resuelta, cuando uno de los tres hombres le desnudó violentamente el pecho y, blandiendo un puñal, le asestó una puñalada bajo la tetilla izquierda en dirección al corazón, desgarrándole la piel en un gran trecho.

Wassili palideció, y, dando un salto vigoroso, abalanzóse sobre su agresor.

—¡Detente! —dijo Shasky, entrando de improviso—. ¡Has sufrido la prueba valerosamente, y eres de los nuestros!

Luego, con el puñal, del que aún manaba su misma sangre, firmó en la hoja de papel el juramento transcrito.

Wassili Dimitrovich Orloff era ya desde entonces y para siempre «Hermano del Silencio».

IX

Una fuerza desconocida.

Aquella misma noche, en el sitio de reunión en donde Wassili entrara por la primera vez, Vera pudo ver a Nadia y oír de sus labios todo lo que había sucedido después de su fuga de la casa paterna. Los «Hermanos del Silencio» le hicieron a Nadia las más calurosas demostraciones de afecto y de gratitud por el buen éxito de la empresa llevada a cabo por la joven con incomparable habilidad.

De las indagaciones hechas, resultaba que la policía, después de un febril período de actividad, después de muchas afanosas pesquisas, después de muchos inútiles arrestos, parecía haber vuelto a la calma; pero ignoraba si esta calma era verdadera u ocultaba tras sí un nuevo período

de pesquisas secretas y, por lo tanto, más peligrosas aún. Nadia, al ser interrogada, no pudo dar ninguna respuesta tranquilizadora.

—¿Estás segura —le preguntó Vera— que tu acción, más que audaz, temeraria, no ha sido vista por nadie?

—Sí —repuso Nadia, con la alegría que le era habitual—. Y la prueba mejor es la de que nadie me ha molestado hasta ahora.

—Ten cuidado —le dijo Vera—. Godunov es el más abyecto, pero también el más astuto de los hombres, y tú me has dicho que bailaba contigo.

—Sí, es cierto. Hice todo lo posible porque bailara conmigo con el objeto de distraer la atención del único hombre que me daba miedo.

—¡Me alegro! —exclamó Vera, estrechando la mano de su amiga—. Fuiste más astuta que él.

Luego, Vera se llevó a Nadia a un rincón apartado, y mientras Volkoff les enseñaba a sus compañeros los modelos de los terribles instrumentos explosivos de su fabricación, la dijo:

—Lejos de aquí, Nadia, en el San Petersburgo antiguo, una pobre madre, cuyo hijo ha sido bárbaramente martirizado, la madre de José Duda, yace abandonada, sin apoyo alguno... Antes de ir a la casa de campo del profesor, fui a verla y a consolarla, dejándola algunos recursos. Antes de volver a mis obligaciones iré a verla otra vez esta noche; pero yo te ruego que durante mi ausencia hagas en todo aquello que puedas mis veces, velando por la madre abandonada.

Las palabras de Vera oprimieron el corazón de la bondadosa joven.

—Vamos, Vera, vamos juntas a ver a la madre de José Duda; yo te acompaño. Tú misma me presentarás a ella para que me reciba sin desconfianza.

Los barrios del San Petersburgo antiguo no estaban muy lejos, la noche era oscura y las calles estaban desiertas.

Las dos jóvenes, después de haber advertido a Shasky y a Wassili del deber piadoso que se disponían a cumplir, encubrieron el rostro bajo un tupido velo, envolviéronse en sus pellizas y se aventuraron por las calles desiertas.

El frío era muy vivo y punzante, y las dos amigas marchaban veloces y en silencio. Habían recorrido ya la mitad del camino, cuando Vera murmuró al oído de Nadia:

—¿No te parece haber oído rumor de pasos a nuestras espaldas?

Nadia se volvió instintiva e imprudentemente.

La luz de los faroles era escasa, pero aumentaba la claridad de la nieve.

Nadia creyó ver, cómo una sombra se ocultaba rápidamente en el hueco de una puerta.

¿Nos volvemos? —interrogó Nadia.

Vera permaneció un instante indecisa.

—¿Quién va a seguirnos? —preguntó—. Tú no eres sospechosa. ¿Quién es capaz de suponer o de adivinar mi presencia en San Petersburgo esta noche?

Sin embargo, las dos jóvenes apresuraron el paso, escurriéndose a menudo y con atención el camino, llegando en breve a la modesta casa de Sofia.

La pobre mujer no tenía ojos más que para llorar. Como todos huían de ella temerosos de incurrir en las sospechas de la policía si la daban prueba de alguna amistad, vivía sola, completamente aislada, y tenía que buscar, fiada en sus propias fuerzas, todo lo que le hacía falta para satisfacer sus escasas necesidades.

Las dos jóvenes la encontraron todavía levantada, junto a la chimenea, en donde ardían aún unos cuantos troncos de leña, con los ojos fijos en un devocionario que era su única compañía y su único consuelo.

Al ver a Vera, la abandonada prorrumpió en un llanto de amor y reconocimiento. Vera le presentó a Nadia.

(Continuará en el número próximo.)



¡TENIENDO UNA CAMA COMO ESA YO NO ME LEVANTARIA EN TODO EL DIA!

COLORÍN Y SU PANDILLA



¡HA SI-DO ES-PLÉN-DIDA!

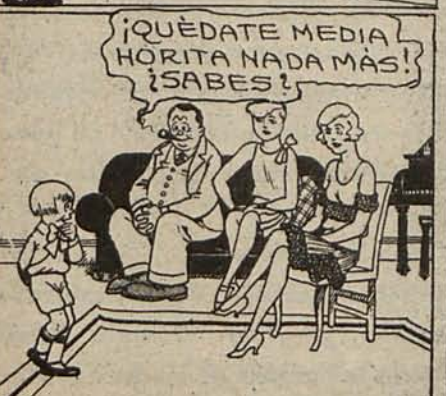
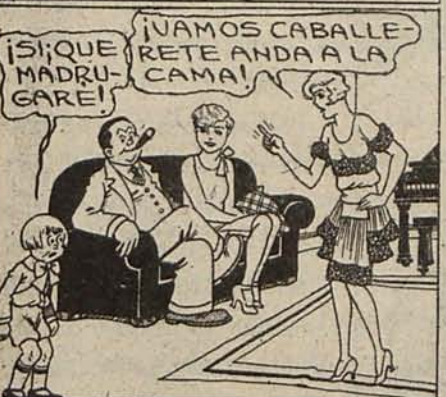
¡SON US-TEDES MUY AMABLES!



¡YO QUI-SIERA ES-TAR UN PO-CO MAS!



¡MIRA, POR FAVOR, DÉ-JAME OTRO POQUITO!





LOS CAZADORES DE LOBOS

CUENTO DIE

E. SALGARÓ

(Continuación.)

»—Pero también los lobos son de ágiles patas, mi buen amigo.

»—Los haremos correr.

»—Vorzoff, óyeme, prepara las armas—insistí yo—. No tardarán en atacarnos.

»—Sea como tú quieres—me respondió el ostiaco.

»Abrimos los saquitos de cartuchos, cargamos las carabinas, poniéndolas al alcance de la mano, y nos dispusimos a una resistencia desesperada.

»Ya habíamos llegado al bosque, cuyos gigantescos pinos alcanzaban alturas de cincuenta metros y más, siendo tal su periferia que cuatro hombres no hubieran podido abarcar el poderoso tronco. Su aspecto imponía. La nieve se había helado sobre sus ramas, y una capa de hielo tapaba los mismos troncos; hubiérase creído que en aquel desierto, castigado por el viento de las regiones polares, unos magos habían hecho surgir como por encanto un bosque de hielo.

»Como los pinos crecían a cierta distancia entre sí, nuestros renos podían galopar con regularidad, si bien había que poner atención cuidadosa para que el ligero vehículo no se destrozase al chocar con algún tronco.

»Ya habíamos recorrido como un kilómetro sin ningún mal tropiezo, cuando, de improviso, el profundo silencio que reinaba en la espesura fué interrumpido por un largo aullido.

»—Mala señal—dije al viejo Vorzoff.

»—Será un lobo solitario—me respondió.

»—Es un explorador, Vorzoff.

»—¿Cree?

»—Estoy seguro de no equivocarme—repuse.

»—¿Avanzada de alguna manada grande?

»—Sí, y le avisa el descubrimiento de la presa que para ellos representamos. Hay que estar alerta.

»—Ya están listas nuestras carabinas—me respondió tranquilamente el viejo cazador.

»Después de aquel aullido primero volvió a reinar el silencio, roto únicamente por el pisoteo sonoro de nuestros renos.

»Pero pocos minutos después volvió a oírse más próximo, más siniestro.

»Comenzaba a sentirme inquieto, pues estaba convencido de que aquel lobo era un explorador. Sus aullidos, repetidos a largos intervalos, debían de ser otras tantas señales.

»Vorzoff—dije—hay que desembarazarse de ese importuno.

»—Espero a que se deje ver—respondió el viejo, excitando a los renos para que redoblaran su velocidad.

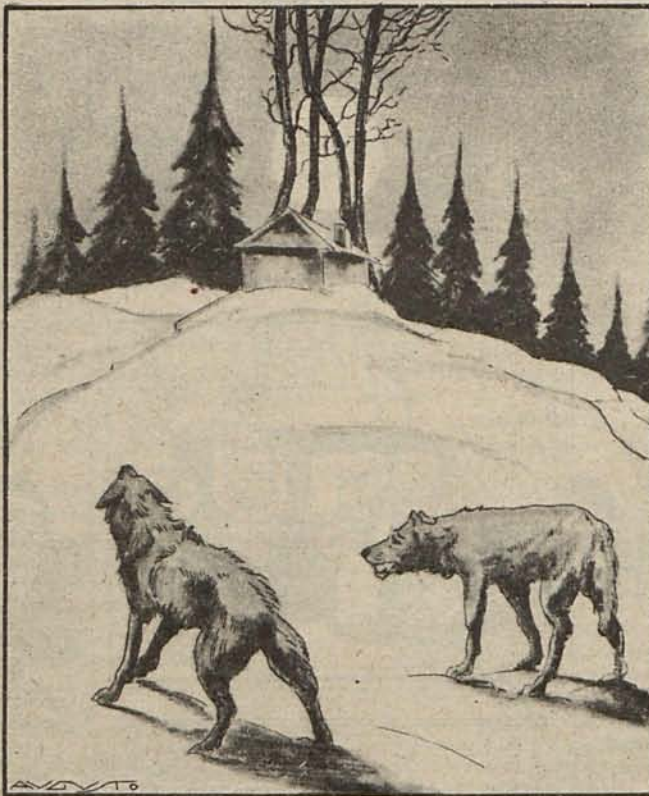
»Creyendo oír detrás de mí como la rotura de una rama, me volví prontamente, y pude ver, a cien pasos de nuestro trineo, al animal cuyo aullido llegara hasta nosotros.

»Era un lobo de enorme alzada, casi como un perro de Terranova, pero muy flaco, tanto que podían contársele las costillas.

»—¿Lo ves?—pregunté a Vorzoff.

»—Lo veo, y me parece también que está rabiando de hambre—repuso el viejo—. Pero si confía en saciarla con nuestra carne, se engaña de medio a medio.

»Con un grito estridente detuvo los renos, empuñó





la carabina y la levantó, apuntando lentamente al lobo. Este se había detenido de pronto, mirándonos con cierto recelo. Comprendiendo acaso que estaba en peligro, abrió sus mandíbulas, armadas de largos y aguzados dientes, y lanzó un aullido más largo que los anteriores.

»Vorzoff apretó el gatillo. El disparo fué seguido de un penetrante rugido de dolor. El lobo, alcanzado por la infalible bala del viejo cazador, había caído extendido sobre la nieve, ensangrentándola.

»Me lancé del trineo para apoderarme del animal, cuando oí a Vorzoff gritar como un poseído:

»—¡Al galope! ¡Ya están ahí!

»Un clamoreo ensordecedor de rugidos y aullidos espantosos retumbó en medio del bosque. Apenas tuve tiempo de agarrarme a las traviesas posteriores del trineo. Los renos habían arrancado en desenfadada carrera, sacudiendo desesperadamente sus largos cuernos ramificados.

»Un momento después vi desembocar por debajo de los árboles treinta o cuarenta lobos grises, todos de gran alzada.

»—¡No tires!—me gritó Vorzoff, al verme preparado a hacer fuego sobre el montón de bestias hambrientas.

»—¡Si están a tiro!—dije.

»—Estate quieto o precipitaremos el asalto.

»Bajé el fusil y miré con cierto espanto al grupo de adversarios.

»Los lobos nos perseguían con saña. Con rapidez que competía con la de nuestros renos, habían formado una especie de semicírculo, y se esforzaban por adelantar cada vez más las alas. De cuando en cuando lan-

zaban espantosos aullidos, como si, antes de acometerlos, tratasen de aturdirnos por el terror.

»Nuestros pobres renos, comprendiendo que su salvación estaba en la celeridad de sus piernas, precipitaban su carrera. Toda la habilidad del viejo cazador era poca para mantenerlos en la buena ruta.

»Un obstáculo cualquiera hubiese bastado para destrozar en mil fragmentos el trineo o hacernos caer en medio de los lobos.

»Yo no podía ya reprimirme, y acariciaba nervioso el gatillo de mi fusil, preguntando a cada instante:

»—¿Tiro ya?

»—Todavía no—me respondía siempre el viejo ostiaco.

»—Es que comienzan a ganar terreno.

»—Te digo que no tires, si es que aprecias la vida.

»Vorzoff tenía razón. Los lobos, aun hambrientos, temen al hombre, y dudan en acometerlo, aun estando reunidos en gran número.

»Pero si se les irrita y comienzan a olfatear la sangre, se vuelven furiosos y nada los contiene ya.

»Sin embargo, el momento del asalto se aproximaba. Nuestros renos, exhaustos por aquella carrera de dos horas, comenzaban a dar señales de cansancio,

y los lobos estaban cada vez más próximos.

»No habían transcurrido quince minutos, cuando los primeros lobos del ala derecha, precedidos por un ejemplar de gran tamaño, aparecieron al costado del trineo.

»—¡Vorzoff!—grité—. ¡Los tenemos encima!

(Concluirá en el número próximo.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



Queridísimo Currinche: Salud y presen-
tas las cuales para mi deseo. Sabrás co-
mo que estoy en un Otelito de la sierra,
que tiene un jardín que se tarda más
de una hora en atravesarlo y salvarás
como que e matado medio poyo para
el día que tu vendrás a verme y te traes
de paso unos
pasteles.

Tuyaco,
Don Turulato



¡YA ESTÁ AHÍ! ¡YA ME HA VISTO!
¡¡¡CURRINCHEEE!!! ¿ME TRAES
PASTELES?



CURRINCHÍN DE MI VIDA, ¿QUÉ GANAS
TENÍA DE VERTE!... OYE... ¿TE HAS
TRAIDO ESO?



¡QUÉ BARBARIDAD! ¡QUÉ JARDÍN MÁS
LARGUÍSIMO!

DOS KILÓMETROS
JUSTOS, CURRIN-
CHE



PERO, BUENO, CURRINCHE. HABLE-
MOS CLARO. ¿HAS TRAIDO LOS PAS-
TELES? ¿SÍ O NO?

QUE SÍ, HOMBRE, QUE SÍ.
AHORA LOS TRAERÁN.
¿NO VE USTED QUE
VIENEN FACTURA-
DOS EN PRIME-
RA CLASE?



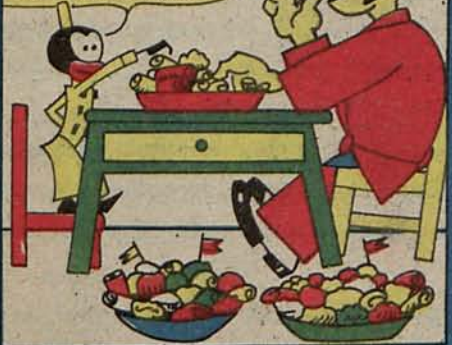
A VER, DÓNDE DEJO ESTO

¡SÍGUEME, POLLO!

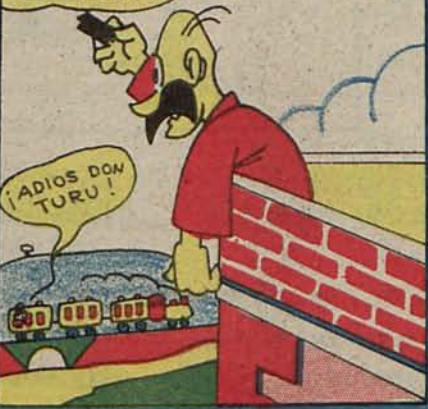


YO SIENTO QUE TE HAYAS GAS-
TADO TANTO DINERO, CURRINCHE. CON
UNAS DOCENILLAS DE PAS-
TELES HABÍA BASTANTE

¡QUÉ CARAMBA! ¡UN
DÍA ES UN DÍA!



ADIOS, CURRINCHITO. QUE ESCRI-
BAS Y QUE VUELVAS PRONTO.
¡MUCHAS GRACIAS POR LOS
PASTELES!



¿ES DON TURULATO EL QUE
ESTÁ AL APARATO?

SÍ, SEÑOR

PUES OIGA; AQUÍ LA
CONFITERÍA DE CHU-
PINEZ. YA DIRÁ USTED
CUANDO QUIERE QUE
LE MANDEMOS UNA
FACTURILLA DE
TRESCIENTAS
PESETAS QUE
IMPORTAN UNOS
PASTELES QUE ENCAR-
GÓ PARA USTED UN
TAL CURRINCHE



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



¡ERA UNA JOYA, PE-
RO YA NO SIRVE NI
PARA LA BASURA!



JUEGO

¡AQUÍ, MI HERMANA
QUE VIENE A PRE-
TENDER LA PLAZA
DE COCINERA!



¡YA NO SIRVENI
PARA LA BA-
SURA!



¡PUES ME PARECE
QUE USTED TAM-
BIÉN HA QUE-
DADO IN-
SERVIBLE!



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

LOS MUSICOS IMPROVISADOS

Castillo

UN labrador tenía un asno que le había servido durante muchos años, pero cuyas fuerzas se habían debilitado y no podía trabajar. El amo pensó matarle para aprovechar la piel. El pollino comprendió la intención y escapó.

Después de largo caminar, encontró un perro viejo que estaba ladrando.

—¿Por qué ladras así?—dijo el asno.

—¡Ah!—contestó el perro—voy perdiendo fuerzas de día en día, y no puedo ir a casa; como no sirvo para nada, mi amo ha querido matarme: yo he logrado escapar; pero ¿cómo me arreglaré para vivir?

—No tengas cuidado, amigo—repuso el asno—; yo voy a la ciudad para hacerme músico; vente tú y haré que te reciban en la banda. Yo tocaré la trompa y tú los timbales.

El perro aceptó, y siguieron su marcha. Un poco más adelante encontraron un gato echado en el camino, con cara de mal humor, porque hacía tres días que llovía.

—¿Por qué estás incomodado?—le dijo el asno.

—Cuando está en peligro la cabeza, no tiene uno muy buen humor—respondió el gato—; mi edad es algo avanzada, mis dientes están gastados y me gusta más dormir junto al hogar que correr tras los ratones. Mi ama quiso matarme, pero me salvé a tiempo: mas ¿qué hacer ahora? ¿Dónde ir?

—Vente con nosotros—le dijo el burro—: tú entiendes bien la música nocturna, y te harás, como nosotros, músico.

Agradó al gato el consejo y partió con ellos. Nuestros viajeros pasaron por delante de un corral, encima de cuya puerta había un gallo que cantaba con todas sus fuerzas.

—¿Por qué alborotas de esa manera?—dijo el asno.

—Estoy anunciando el buen tiempo—replicó el ga-

llo—; y como mañana es domingo, hay una gran comida en esta casa, y el ama, sin la menor compasión a mis servicios, ha dicho a la cocinera que me comerá con arroz, y ha dispuesto que me corten el pescuezo. Así he gritado con todas mis fuerzas viendo que todavía respiro.

—Cresta roja—dijo el asno—, vente con nosotros; en cualquier lado hallarás una cosa mejor que la muerte. Tú tienes buena voz, y, cuando cantemos juntos, haremos un concierto admirable.

Aceptó el gallo la proposición y echaron a andar los cuatro juntos; pero no podían llegar en aquel día a la ciudad; ya de noche, pararon en un bosque, donde decidieron descansar. El asno y el perro se colocaron debajo de un frondoso árbol; el gato y el gallo ganaron su copa, y el gallo voló todavía para colocarse en lo más elevado; y antes de dormirse, paseando sus miradas a los cuatro vientos, le pareció ver a lo lejos una luz, y dijo a sus compañeros:

—Debe haber alguna casa cerca de aquí, porque distingo bastante claridad.

—Siendo así—contestó el asno—marchemos hacia ese lado, porque a la verdad, este paraje no es de mi gusto. Y añadió el perro:

—En efecto, no me vendrían mal algunos huesos con su poco de carne.

Se encaminaron hacia el punto de donde salía la luz y encontraron una casa de ladrones espléndidamente iluminada. El asno se asomó a la casa y miró por una ventana.

—¿Qué ves?—le preguntó el gallo.

—Una mesa llena de manjares y botellas, y alrededor los ladrones, que, según parece, no se dan mal trato—dijo el asno.

—¡Qué bien nos vendría ese banquete a nosotros!—dijo filosóficamente el gallo.





—¡Ah, si estuviéramos dentro!—replicó el perro.

Diéronse a pensar un medio para hacer huir a los ladrones, y al fin lo hallaron. El asno se puso debajo, colocando sus patas delanteras encima de la ventana; el perro montó sobre el asno, el gato trepó encima del perro y el gallo voló y se colocó encima del gato. Así colocados, comenzaron todos su música a una señal convenida. El asno comenzó a rebuznar, el perro a ladrar, el gato a maullar y el gallo a cantar; luego se precipitaron por la ventana dentro del cuarto, rompiendo los vidrios, que volaron en mil pedazos. Los ladrones, al oír aquel espantoso ruido, creyeron que entraba en la sala algún espectro y escaparon asustados al bosque. Entonces los cuatro compañeros comieron hasta hartarse.

Apagaron en seguida las luces y fueron a descansar. El asno se acostó en el estiércol, el perro detrás de la puerta, el gato en el hogar, cerca de la ceniza caliente, el gallo en una viga, y como estaban cansados de su largo viaje no tardaron en dormirse. Pasada la media noche, cuando los ladrones vieron desde lejos que no había luz en la casa y que todo estaba tranquilo, les dijo el capitán:

—Somos unos mandrias: no hemos debido salir de la casa.

Y mandó a uno que fuese a ver lo que pasaba. El enviado lo halló todo tranquilo; entró con precaución en la cocina y fué a encender la luz, y tomando los brillantes ojos del gato por dos ascuas se acercó, y el gato saltó bufando a la cara del ladrón y le arañó horriblemente. Lleno de miedo, corrió nuestro hombre hacia la puerta; mas el perro, que estaba echado



detrás de ella, y a quien pisó sin notarlo, se tiró a él y le mordió una pierna; cuando pasaba por el corral al lado del estiércol se levantó el burro y le tiró dos coques, mientras el gallo, despierto por el ruido, gritaba: /qui-qui-ri-quil/ desde lo alto de la viga. El ladrón, más muerto que vivo, voló donde estaba su capitán, y le dijo:

—Hay en nuestra casa una horrorosa hechicera que me ha arañado con sus largas uñas; junto a la puerta se halla un hombre armado con un enorme cuchillo, que me ha atravesado la pierna; se ha aposentado en el patio un monstruo negro que me ha aporreado con los golpes de una pesada maza, y en lo alto, junto al techo, se ha colocado el juez, que gritaba:

«¡Traédmele aquí, traédmele aquí!»

Aterrados los ladrones, echaron a correr como alma que lleva el diablo.

El capitán de los ladrones quiso, a pesar de todo, comprobar si era cierto lo que decían.



Al efecto, se fué aproximando a la casa, y oyó a través de una ventana la conversación que sostenían. El burro afirmaba que, gracias a sus coques, habían sido ahuyentados los ladrones. El perro sostenía que, sin su mordisco, a aquellas horas estarían todos hechos albondiguillas; el gato

alababa sus uñas, y el gallo su robusto qui-qui-ri-quí.

Al oír estas razones el capitán comprendió que el miedo había hecho ver visiones a su enviado, y decidió expulsar de la casa a aquellos raros inquilinos. Mas no le salió la cuenta tan sencilla como creía, porque al quererlos desalojar, el perro le dió un mordisco terrible, y el gato se le clavó en la cara dando feroces maullidos. Quiso defenderse el ladrón, mas su sorpresa llegó al colmo cuando un soberbio par de coques, aplicado debajo de la casaca, le remontó en alto como si fuera a volar. Esta vez no pudo resistir su miedo y se marchó corriendo a reunirse con sus compañeros de fechorías.

Desde entonces no se atrevieron los ladrones a entrar en la casa, y los cuatro músicos de tan improvisada orquesta, encontrándose bien en ella, no quisieron abandonarla, buscando en la caza del bosque y en su vegetación el alimento para subsistir.

FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Con este calor tan insoportable, casi no tengo gana de saber nada. Puedes creerme, que estoy fatigadísimo.

—¿Has andado mucho?
—Ni un paso, querido buho. Y eso es lo que más me preocupa y lo que me pone de peor humor. No haber andado y estar rendido. Es el calor. Nada más que el calor. Oye, ¿tú crees que tardará mucho aún en venir el fresco?

¡Hombre! Yo no soy profeta. Pero puedo asegurarte que en cuanto pase el verano pasará el calor.

—Caramba, qué sabio eres. Eso ya lo sabía yo también. Pues quiera Dios que acabe esto pronto porque si no, voy a derretirme. Prefiero el temblor del frío a este aplanamiento que entorpece todos mis movimientos.

—Bueno, ten paciencia y dime de qué quieres que hablemos.
—Pues vas a decirme por qué temblamos cuando tenemos frío.

—Ese temblor no sólo se siente cuando se tiene frío, sino también cuando se siente temor o cuando se está muy impaciente por alguna cosa. En todos estos casos se produce una alteración nerviosa que es la causa que determina el temblor. El frío, la impaciencia y el temor agitan nuestros nervios; los ponen en conmoción, y este brusco sacudimiento nos hace temblar.

—El calor nos produce efectos completamente contrarios.

—Así es; el calor deprime, calma los nervios. El mejor modo de apreciar esta diferencia de efectos es el baño. Después de salir de un baño de agua caliente se nota una dejadez extraordinaria; nuestro cuerpo pide reposo; hay una pereza que casi inmoviliza todo movimiento. En cambio, un baño de agua fría nos da actividad, diligencia y aviva los deseos de moverse. Otro de los efectos, muy agradable por cierto, que se nota después del baño es el apetito. No hay mejor aperitivo que una buena ducha de agua fría.

—Y dime, querido buho. Ese temblor que notamos cuando sentimos frío, ¿es beneficioso o perjudicial?

—No me extraña tu pregunta porque en realidad parece a primera vista que ese temblor nos perjudique. No hay razón para pensar de este modo. Podrá ser perjudicial, a veces, la causa que lo determine; pero el temblor en sí no sólo no es perjudicial, sino que útil y hasta necesario al cuerpo. Ocurre lo mismo que con la fiebre. Es perjudicial, no cabe duda, la causa que provoque una fiebre; pero ésta, la calentura, en sí, es beneficiosa.

¡Hombre! Me extraña mucho que digas eso. Yo no hubiera sospechado nunca que la fiebre fuese beneficiosa. Es más, creía y creo todavía, que si la fiebre alcanza temperaturas muy altas, pone nuestra vida en peligro, y hasta nos hace sucumbir con mucha frecuencia. ¿No crees tú lo mismo?

—En cuanto a los terribles efectos de una fiebre excesiva estamos de acuerdo. Pero una fiebre moderada es beneficiosa.

Insisto en mi extrañeza. Tienes que convencerme para que esté de acuerdo contigo. A mí me parece que es mucho más beneficioso para nosotros no tener fiebre nunca, y de esta creencia no me apea toda la familia de buhos que hay en el mundo.

—Naturalmente que entre tener fiebre y no tenerla es más beneficioso esto último. Nadie ha puesto en duda esta afirmación tuya.

Pero fíjate bien en esto que voy a decirte. La fiebre es producida generalmente por la presencia en la sangre de ciertas materias tóxicas que, al alterar su composición, determinan una circulación más rápida que la normal, y de aquí viene el aumento de su temperatura. Hace falta que desaparezcan estas toxinas de la sangre para que ésta vuelva a su estado normal.

—Pues para eso están los medicamentos.
—Ya lo sé; pero el procedimiento mejor es el de la propia fiebre; que con su calor quema las toxinas y deja limpia la sangre. Ya ves cómo la fiebre es necesaria y útil. Es el recurso que natural y mecánicamente usa nuestro organismo para limpiarnos la sangre de todas las materias que la han invadido cuando nos sentimos enfermos.

—Te voy comprendiendo. ¿Y el temblor por qué es beneficioso? Ya ves cómo no han hecho falta todos los buhos que hay en el mundo para convencerte de que la fiebre es beneficiosa. Me he bastado yo para conseguirlo.

—Es que tú vales por todos los buhos juntos.
—El temblor es, en primer lugar, un aviso de que el frío que sentimos es excesivo y debemos tomar precauciones para evitar que nos perjudique.

—Bajo ese punto de vista no cabe duda que es beneficioso. Es como si tuviéramos un timbre en nuestro cuerpo que tuviera el resorte puesto en la hora del frío. Nos avisa como un despertador.

—Muy bien por la semejanza. Por otra parte, el temblor hace entrar en activo movimiento a muchos músculos de nuestro cuerpo.

—Yo creo que a todos. Cuando yo tiemblo se me agitan desde la punta de los cabellos hasta la punta de los pies.

—Los músculos, al agitarse, engendran calor y nos ayudan a entrar en reacción.

—Entonces quedamos en que el temblor es beneficioso.

—Tan beneficioso que si no fuera por él no nos enteraríamos de que el frío penetraba en nuestro cuerpo. Se nos dormiría el cerebro, los músculos quedarían rígidos y nos moriríamos helados. Por eso habrás notado que estando quieto se nota mucho más frío que moviéndose de un lado para otro. El ejercicio muscular conserva mejor el calor del cuerpo.

—Eso sé que es verdad por propia experiencia. En el invierno, cuando hace mucho frío, yo estudio paseándome, y cuanto más aprisa me muevo menos frío siento.

—Es evidente. La agitación muscular engendra calor.

—Oye, mira; ya se ha puesto el sol y parece que empieza a correr un poquito de aire. ¿Te parece que nos vayamos al campo a dar un paseo?

—Me parece de perlas. Estoy deseando salir al aire libre a ver si se respira mejor.

Pues coge tus gafas, tu sombrero de copa y tu bastón y vámonos allá.

—No; hoy no llevo nada a la cabeza. Hace tanto calor, que hasta las plumas me molestan.

Ya, ya. No sé por qué no te cortas el plumaje a lo «manolo». Estarías monísimo.

—Estaría para matarme.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.

HISTORIETA



- 1.—Patrona, llámeme a las ocho.
- 2.—Le pintaré de negro.
- 3.—Levántese, que son las ocho.
- 4.—¡Pero si ha llamado a mi compañero!

MARIO VÁZQUEZ FIGUEROA.



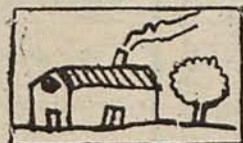
Después de desayunar
a pasear por el mar.
OCTAVIO PALASÍ.



—¿Sabes cuál es el colmo de los colmos?
—No sé.
—Perder un imperdible.
ELENA MATA.



Bienvenida.
MARÍA BÁEZ.



Casita de campo.
CARMENCITA ALPARÉS.



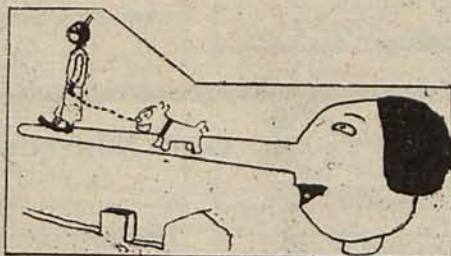
Una zorra.
MARÍA AMELIA NEYRA.



Dos buenos amigos de Puerto Rico para Pinocho.
CARLOS M. CHIQUÉS.



Un tenorio.
N. N.



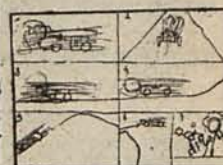
Por nicdo a los «autos».
ENRIQUE PALASÍ.



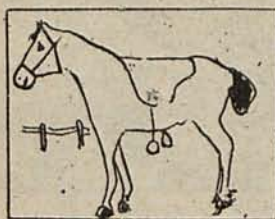
Mi primo en el sastre.
PEPITO.



Al galope.
EDUARDO BELLVER.



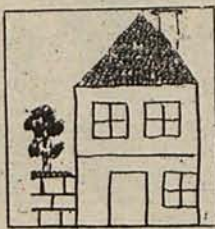
Historieta muda.
M. E.



Un buen ejemplar.
RAMÓN BÁEZ.



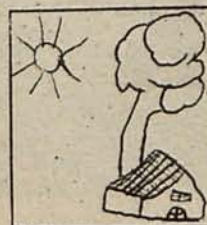
Mi flor favorita.
JULITA SANTIAGO.



Una casa de campo.
ENRIQUE MORET.



Una pareja.
MARÍA VICTORIA.



Mi finca de verano.
ROSARIO LOSADA.



El almanaque de Pinocho.
ELVIRA SERRANO.



Un barco.
M. V. GARCÍA.



Veneciana antigua.
LUCÍA DE LA VEGA.



Un monumento de Egipto.
J. ANTONIO URGOITIA.



Wilfredo de Ivanhoe.
VÍCTOR JOSÉ GIL.



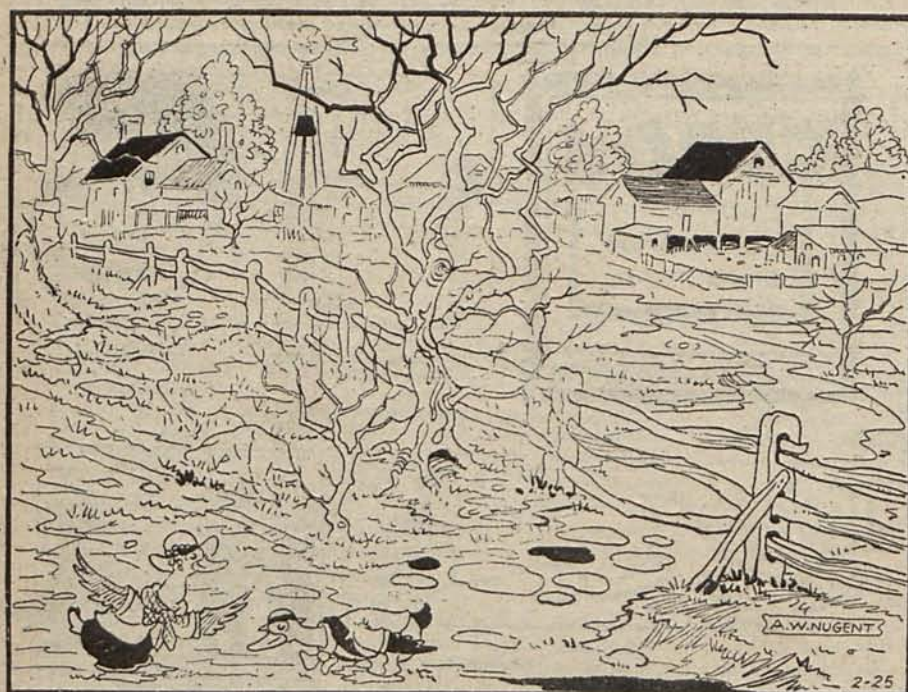
Soldado romano.
PABLO SÁNCHEZ.



Curriñche.
ENCA R N I T A PEREGRIN.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



EL ACECHO

Las ardillas, queridos pinochistas, son unos animalitos muy listos. Estoy seguro que todos habréis oído decir alguna vez, hablando de algún niño inteligente: «Es más listo que una ardilla». Bueno, pues esto se dice paragonando a ese niño con estos animalitos por ser de una listeza incomparable.

En este dibujo tenemos dos ardillas acechando a un pajarillo o a un conejo. ¿Dónde están las ardillas?

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 184
DE AGOSTO

envío del Pinochista D.

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL, NÚMEROS 164, 165, 166 Y 167

PAISAJE OTOÑAL



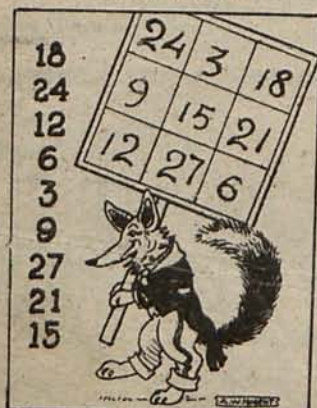
EL CAMPAMENTO



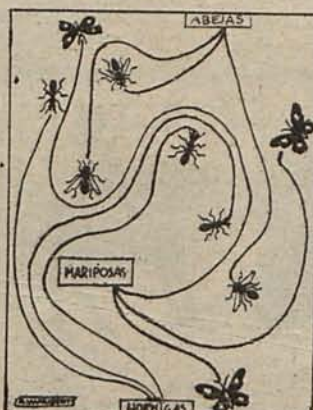
LOS PERROS



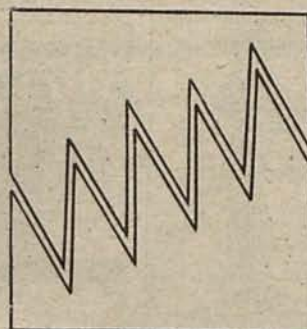
CUADRO MÁGICO



ROMPECABEZAS



ROMPECABEZAS



ROMPECABEZAS



(Continuará en el número próximo.)

ANITA

BUEN- CORAZON



Sección Pirula



CUENTOS DE PIRULA

El gatito que bosteza y la sartén que frie.—Marisol no era una Pirulinda, porque en aquellos tiempos en que ocurrió esta historia —que

son los tiempos de los cuentos de hadas— ni se publicaba el PINOCHO, ni yo, Pirula, había sido fabricada. Pero Marisol tenía todas las cualidades para ser una Pirulinda perfecta.

Huérfana y solita en el mundo, vivía en una casita blanca en medio del campo, cerca de un pueblo, y se pasaba los días guisando, fregando, barriendo o planchando, y también cosiendo y haciendo unos primorosos encajes de bolillos que luego vendía.

Trabajadora, linda y buena, Marisol era tan risueña que, a pesar de vivir sola, estaba siempre contenta y cantando mientras trabajaba.

Se hallaba un día cantando mientras hacía girar y saltar los bolillos sobre la almohadilla de hule verde ante su ventana, cuando oyó gritos de terror en la carretera.

Salió corriendo y vio una carroza, no más grande que un coche de muñecas, toda ella de nácar rosa, con capota de tul de oro, en la cual iba una lindísima damita vestida de gasa y coronada de perlas; tiraban de la carroza dos caballitos blancos del tamaño de dos perritos «fox-terriers».

Los gritos los lanzaba la dama porque los caballos se habían desbocado y amenazaban destruir el coche y matarla a ella.

Marisol no vaciló; se precipitó y logró detener a los caballos; la dama entonces cesó de gritar, y con una voz que parecía el sonido de una campanillita de plata, le dijo:

Sabrás que soy el hada de los gnomos del bosque; me olvidé en mi palacio de marfil de mi varita mágica y por eso he corrido peligros como una simple mortal; me has salvado y quiero recompensarte. Toma estos dos tesoros; te los regalo. Con ellos te basta y te sobra para tener siempre que comer y hasta para hacerte rica. Pero, te lo suplico, guárdalos en recuerdo mío y no te separes de ellos nunca.

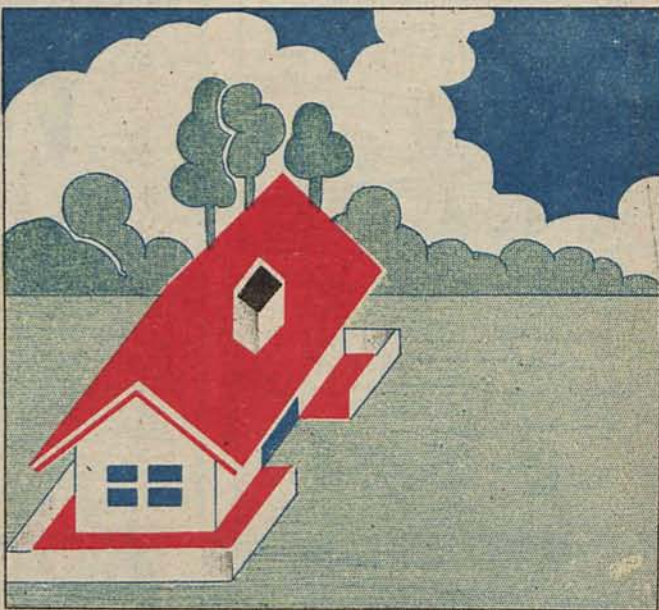
Dicho esto sacó de su coche dos cosas, se las entregó a Marisol y, cual si les hubiesen crecido alas, los caballitos blancos se elevaron de la tierra y desaparecieron por los aires.

Marisol, que se había quedado estupefacta, pensó entonces en mirar los regalos del hada; y entonces sí que redobló su asombro; no eran, como pudiera creerse, joyas deslumbradoras, ni cajitas misteriosas, ni siquiera ave-



llanas encantadas; no; eran... una sartén y un gato. El gato era microscópico, grande a lo sumo como un ratón y blanco como la nieve. Miró a Marisol con unos ojillos verdes que parecían dos esmeraldas y abrió la boquita y bostezó, pero no bostezó como un gato, sino como una persona; bostezó ruidosamente diciendo: ¡aaaaah! Es decir, no solamente como una persona, sino como una persona mal educada.

En cuanto a la sartén, era pequeñita también y ofrecía otra



particularidad, y era que sin lumbré ni aceite chisporroteaba en ella una tajadita de carne. Marisol, a quien estos acontecimientos habían abierto el apetito, se comió esta carne, que estaba sabrosísima, y al punto apareció otra igual en la sartén.

Tenía razón el hada; con tales maravillas bien tenía Marisol de sobra para ganarse la vida; le bastaba con ir exhibiéndolas por los pueblos. Y así lo hizo, no sin dejar antes su casita muy limpia y arreglada y depositar la llave debajo del limpiabarros.

Y recorriendo pueblos, Marisol fué ganando el dinero a montones: todo el mundo quería ver y oír bostezar al gatito y probar un trozo de carne asada en la sartén encantada. Y aun cuando Marisol no cobraba el espectáculo demasiado caro, las monedas iban llenando su bolsillo. Además, su alimentación le costaba poco, ya que tenía la sartén para proporcionarle el plato fuerte de sus comidas.

Un día llegó Marisol a la capital del país y se detuvo ante el palacio real para presentar sus maravillas a la gente; precisamente en aquel instante el hijo del rey estaba tomando el fresco asomado a un balcón.

Como si lo viera, estáis esperando que os describa un príncipe encantador, un verdadero príncipe de cuento de hadas, que viendo a Marisol se enamora de ella y la hace princesa. ¡Ay, cuánto siento que las cosas no hayan sucedido así! Por el contrario, este príncipe era un joven sumamente...

Bueno, lo que era y lo que pasó va lo veremos tan pronto como transcurran ocho días.

(Concluirá en el número próximo.)

